

te, a mi manera de ver, la virtud más grande de esta obra. Prueba adicional de que en efecto el librito es altamente recomendable la proporciona el hecho de que justamente hoy (10 de noviembre de 1994), cuando finalizaba esta nota, me llegó la segunda edición.

UTE SCHMIDT OSMANCIK

De la política según Luhmann

Niklas Luhmann, *Teoría política en el estado de bienestar*, versión española e introducción de Fernando Vallespín, Alianza Editorial, 1993.

Luhmann no es, ni pretende ser, un autor "fácil". Quien se haya acercado a *El amor como pasión* (N. Luhmann, traducción de Joaquín Adsuar Ortega, Ediciones Península, 1985) buscando encontrar en el texto un relato evocador de experiencias de desborde pasional o una nueva narración sobre la renuncia amorosa de la princesa de Clèves, con seguridad se habrá sentido fuertemente decepcionado. El código de la intimidad no parece intuitivamente traducible a la teoría de sistemas. Con todo, al lector pudo haberle quedado claro que en el campo del amor, como en el sistema político o en el económico, nos topamos con "probabilidades altamente improbables", con asombrosas maneras de superar la "doble contingencia", con conquistas evolutivas que "podrían haber resultado de otra manera". Tampoco el lego que con afán prolijo intente comenzar con el ABC de la teoría sistémica, adentrándose en las páginas de *Sistemas sociales* (Alianza/Universidad Iberoamericana, México, 1991), podrá sentirse fácilmente motivado. Cuando el lenguaje se vuelve un obstáculo descorazonador, resulta inevitable recordar la ironía

de Wright Mills sobre las pretensiones de la gran teoría y en especial aquellos ejercicios de "traducción" de Parsons, de quien, como se sabe, Luhmann hereda no sólo gran parte de la problemática, sino también la ambición teórica y el estilo narrativo.

La *Teoría política en el estado de bienestar* que hoy, después de trece años de su publicación en alemán y tres de su traducción al inglés, aparece en español, recogiendo dos de los trabajos allí publicados, presenta un nuevo "matiz" estilístico. Tal vez sería demasiado aventurado afirmar que el lenguaje ha cambiado o que se trata de un texto de alcance más amplio o para un público más extenso. Sin embargo, aquí Luhmann habla más claro. En su presentación, el traductor introduce el texto como "los escritos políticos" de Luhmann. Tal vez el cambio del lenguaje tenga que ver con este carácter político del libro. Otra evocación se torna inevitable: la del Weber políticamente comprometido, quien aclaraba que sus escritos políticos "no tenían pretensión alguna de validez científica" (la futura forma institucional de Alemania) o que "no se acogían bajo la autoridad protectora de ninguna ciencia" (parlamento y gobierno), sino que eran expresión de una neta opción valorativa. Sería imposible esperar una declaración así de Luhmann: los escritos políticos se acogen bajo la autoridad de la teoría de los sistemas autopoieticos y resultan inteligibles fuera de ese marco. Y sin embargo, algo ha cambiado y podríamos arriesgar que ello tiene que ver con su caracterización del tipo de reflexión que se define como "teoría política", como "teoría sobre la política y en la política" (p. 136). Dando un paso más allá en la vieja polémica entre teoría crítica y tecnología social, la teoría política así entendida se desliga de la ilusión tecnocrática, de la ayuda "externa" a la po-

lítica desde la ciencia. Porque en rigor este "saber" que la teoría política pretende encarnar no se identifica con el conocimiento científico. Tampoco se autodefine como un "programa de investigación", sino que pretende ser eje de autoobservación y autorreflexión del sistema político. Dicho hegelianamente: su autoconciencia.

Así, mientras la ciencia en sentido estricto pertenece y ordena su referencia en relación con el subsistema científico y funciona según su propio código y criterios, la teoría política se inscribe dentro de, a la vez que promueve, la autoobservación y autorreflexión de los procesos políticos. Aunque "científicamente subvencionada", sobre todo en lo que atañe a sus "conceptos de elusión", su nivel de complejidad y su "ubicación" es diferente del de la ciencia. Esta alternativa de pensar la teoría política como "autosensibilización" del sistema se vuelve posible hoy por la confluencia de: a) los nuevos puntos de observación que ofrece la teoría de sistemas, con su diferencia básica entre sistema y entorno y el supuesto de que esta diferencia puede hacerse disponible para el sistema en cuestión, y b) por la propia "historia" del estado de bienestar, que parece haber llegado a una etapa evolutiva en la que es posible "una autoobservación de la autoobservación", es decir, una metaobservación de las formas de procesamiento de información del sistema político.

La teoría política resulta ser así reflexión sobre los límites y oportunidades de la política, en un proyecto que a partir de la tensión entre hechos y valores, causas y fines, posibilidades y utopías pretende ir más allá. Más allá de la determinación de causas y factibilidades, porque para Luhmann "conocimiento causal y valoraciones siguen siendo imprescindibles, siguen siendo presupuestas, pero no son suficientes como forma de reflexión po-

lítica" (p. 138), es decir, no dan cuenta de la complejidad y de la autorreferencia de la política. Así la teoría política se inserta en y al mismo tiempo incorpora el problema de la responsabilidad, entendida ésta como "la efectiva ejecución de selecciones en el sistema político" (por medio de decisiones o de no decisiones), como "todo uso o no uso del poder político que fije el sistema a un estado que podría ser también diferente". La responsabilidad del sistema y la de la teoría se refieren mutuamente: ¿puede aumentarse la capacidad del sistema para percibir los problemas implicados en esta necesidad de selección? ¿Puede la teoría política volver más complejo ese "equipo cognoscitivo" para el operar responsable del sistema político del estado de bienestar?

La pregunta no sólo apunta al terreno epistemológico, sino que, en dos palabras, de ello depende para Luhmann el futuro de la democracia. Si ésta es definida como la capacidad del sistema político de autoobservarse, la ampliación de los mecanismos de autoobservación y reflexión son la condición de posibilidad de este ganar comprensibilidad, de que las opciones se dibujen con claridad sobre los problemas fundamentales. Pero sobre todo, parece decirnos Luhmann, iluminan la responsabilidad que surge de reconocer que al interrogarse sobre las prestaciones específicamente políticas de la solución de problemas, sobre lo que la política puede resolver, la respuesta no puede ser simplemente: "todo". De ese modo, la teoría política no prescribe un curso, sino que parece sobre todo sensibilizar sobre los límites de la política.

Es aquí donde, en el marco de la discusión de los 80 sobre la crisis del estado de bienestar, la posición de Luhmann parece emparentar con el diagnóstico de

la "sobrecarga", llegando, como dice Vallespín, a conclusiones "conservadoras" a partir de un arsenal teórico novedoso. Sin embargo, puede decirse que justamente su perspectiva también lo aleja de los diagnósticos más convencionales sobre la necesidad de desmantelamiento del estado de bienestar. Y ello se debe a varias razones: 1) en primer lugar, hablar del "fracaso del estado" no ayuda mucho. En todo caso ingobernabilidad, crisis y fracaso sólo hacen referencia a una forma de pensamiento catastrofista que "autorrefuerza negativamente situaciones problemáticas" (p. 149). Del mismo modo podríamos hablar del fracaso de la economía, de la ciencia o de la familia, es decir, de cualquier subsistema al que se le atribuyera la solución de todos los problemas sociales. También aquí la confianza basada en una teoría de la evolución, que ve en el desarrollo civilizador la realización de lo altamente improbable, aleja a Luhmann de toda visión apocalíptica, haciendo descansar la apuesta en la capacidad de aprendizaje del propio sistema. 2) Los problemas del estado de bienestar están inscritos en su propia lógica de funcionamiento y parecen resolubles o reformulables únicamente dentro de ese mismo horizonte: "El Estado de Bienestar constituye el grandioso e históricamente único intento por renunciar a esta forma de resolución de problemas [se refiere a la diferenciación jerárquica en favor de las capas dirigentes y en perjuicio del resto de la población] sin desembarazarse de ellos. Precisamente por ello, debe entrar en relación reflexiva con los problemas que él mismo produce." Los "motivos socioestructurales" que afectan tal sobrecarga están establecidos de modo prácticamente irreversible. 3) Si la función del estado es la producción de decisiones vinculantes y de poder social, el "déficit" de poder no se resuelve de-

bilitando el sistema político, sino recordando el número de "soluciones políticas" o, mejor aún, delimitando aquellos problemas de los otros subsistemas que no se resuelven mediante decisiones vinculantes. Frente a la alternativa entre intervencionismo y subsidiariedad (concepciones que parecen converger en una idea de "responsabilidad total de la política por todo lo que ocurre y debe ser resuelto") la idea de una política restrictiva pero poderosa apunta a precisar qué aspectos de los otros subsistemas (economía, educación, ciencia, vida familiar, etc.) dependen de la política. Para ello no sólo deben afinarse los mecanismos autorreferenciales en el sentido de poder percibir los límites en su capacidad de respuesta, sino también preguntarse si el derecho, la opinión pública y la referencia a personas (las tres compuertas o filtros de información del sistema político) son suficientes para conectar el sistema con un ambiente complejo.

En todo caso, la idea de una teoría política entendida como "autoseriabilización" del sistema político supone afinar los mecanismos de observación y autobservación, de apertura y de clausura del sistema en relación con un ambiente cada vez más complejo y en una etapa en la que, por la definición misma del estado de bienestar, todo tema es politizable. Es una tarea ambiciosa cuando se trata de un sistema político que "vuela a ciegas" con base exclusivamente en "indicadores probados" (p. 76), que tiene recursos limitados para su referencia al entorno y que se autobserva siguiendo el modelo de *black boxes* (la descripción de este esquema de observación mutua entre administración, partidos y público encierra una agudeza que va más allá de la teoría de sistemas). Planificar y reformar el sistema político afinando esta observación de segundo grado, esta

observación de los observadores, perfeccionar los filtros de información, revisar los prejuicios que las cajas negras elaboran en su observación mutua, supone una teoría que modifica el sistema modificándose ella misma. Después de todo, si de incidencia de la teoría en la realidad se trata, "se ha planificado la educación según Humboldt, la economía según Keynes, la investigación según Popper" (p. 152). Tal vez se trate ahora de planificar la política según Luh-

mann. Pero aun cuando no se compareta del todo esta confianza en la función esclarecedora de la teoría y se siga contando sólo con las "cajas negras" y con alguna que otra teoría menos ambiciosa para tratar de entender y observar, "la política según Luhmann" es un tema que vale la pena seguir tratando de entender y de discutir.

NORA RABOTNIKOF